

El Zócalo Azul

El Zócalo Azul fue un bar famoso hasta el fatídico día del incidente de las congas. Esto lo sé porque en aquel entonces yo frecuentaba mucho el lugar. A una de mis novias, Candy, le parecía fabuloso y la llevaba todas las semanas. A eso de las once era ya casi imposible entrar y después de las doce ni pensarlo. El secreto de su éxito no era su decoración minimalista, tampoco los tragos pues siendo caros no eran nada del otro mundo, su dueño no hacía mucho por congraciarse con los parroquianos, todo se debía a los músicos: un conjunto ecléctico que tocaba música hechizante...daban ganas de quedarse por siempre escuchándoles.

El violonchelo lo tocaba un tipo que se estaba quedando calvo y le llamaban Lucas. No sé si fumaba hierba o se zumbaba del polvo blanco, lo que sí sé es que nunca le vi la mirada clara. Parecía estar desde otra dimensión tocando para nosotros. Tenía la misma rutina todas las noches. Llegaba antes que todos los demás y se sentaba en el pequeño espacio que le habían otorgado a afinar su instrumento. Empezaba con la cuerda la, la más aguda, y luego iba bajando hasta un do abdominal. Cuando uno pensaba que había terminado de afinar empezaba otra vez. Una vez le tomé el tiempo y tardó veinte minutos en quedar medianamente satisfecho. Cuando ya había terminado, llegaba el de la guitarra. Era un chico muy joven y sumamente delgado que vestía siempre de negro y llevaba el pelo congestionado en gel apuntando azulado hacia el techo. A veces traía un collar en el cuello lleno de púas; otras, una cruz enorme. Cuando traía el collar de púas estaba contento. Si traía la cruz, no le hablaba a nadie. Primero conectaba su guitarra azul al amplificador. Luego de afinar, lo cual hacía a velocidad diametralmente opuesta a Lucas, empezaba a improvisar algo en tono menor. Los efluvios melódicos de la tristeza soterrada ponían nervioso al dueño, pues el ambiente se tornaba de la textura del algodón y era malo para el negocio tanto

enternecimiento. Agitaba un puro como queriendo fulminar al guitarrista pero para su alivio a las once en punto llegaba la vocalista. Entonces el dueño, un hombre de mirada turbia y barbas largas, ocupaba una esquina al lado de la caja registradora de donde era inamovible.

No vayan a creer que la vocalista era una mujer bella. Ahora hay muchos que cantan a punta de cara, que la voz pasa a segundo plano. Mucho peinado, abdomen plano y senos antigraedad, no hay quien niegue que eso vende, pero esta no era una mujer: era una voz guardada en un cuerpo abominable. Su gordura le impedía caminar normalmente y debía ayudarse de un bastón y del brazo oportuno de algún caballero. Llevaba siempre una enorme bata negra sobre unos bombachos de cuadros púrpura y unos zapatos rojos deformados por sus pies hinchados. Un taburete de madera sólida esperaba por ella entre el guitarrista y el chelista. Se sentaba respirando con dificultad, su cabello blanco y alborotado recogido en un rodete, su piel bañada de sudor. Miraba la sala con sus ojos verdes y en el Zócalo Azul se hacía silencio. Parecía por un instante que hasta las miradas podían hacer ruido. Hay quien dijo que se escuchaba el palpitar de nuestros corazones. Ahora que lo pienso quizás no exageraba. Abría con la canción de siempre, Cucurrucú Paloma, y su voz arrulladora parecía emerger de una nada llena de amor y de nostalgia. El chelo y la guitarra se entrelazaban a su voz como hiedras sonoras y luego de un rato uno no sabía donde iniciaba uno y donde terminaba el otro. Cuando su voz se extinguía en la nota final, había aplausos y lágrimas, gente de pie, gente abrazada, y todos queríamos más. Empezaban entonces las canciones del grupo, sus creaciones que sentíamos propias. A veces viajábamos con ellos a los países remotos del desconsuelo o subíamos juntos la felicidad indescriptible de la cima. Terminaban complaciendo peticiones del público, los boleros, alguna canción de moda y cerraban con Perfume de Gardenia. Salía la voz, cansada y pálida, del brazo de un

hombre negro y bajo que cada noche esperaba por ella cerca de la puerta. El guitarrista desconectaba su amplificador y si llevaba el collar de púas se tomaba un trago y hacía arreglos con alguna mujer, de esas que esperan a los músicos como los niños a la navidad. Si llevaba la cruz, tomaba un vaso de agua antes de desaparecer por la puerta. El chelista miraba al público y dependiendo del ambiente tocaba algo. Luego limpiaba con mucha parsimonia el instrumento para quitarle el polvo de la resina, aflojaba las cerdas del arco, y guardaba todo en un estuche azul oscuro, pesado. Miraba a su alrededor, suspiraba y se iba.

El siete de febrero fui con Candy al Zócalo Azul. Tuvimos una discusión en el auto. Me parecía que Candy era innecesariamente cruel y grosera con algunas personas. Me había ido a buscar al trabajo y la secretaria no la trató “como ella se merecía”. “¿Cómo se le ocurre a esa chola venir a decirme que espere, que tú estás ocupado? Mi amor, casi me trató como un estorbo. Atendió a todos, menos a mí”. Aunque traté de explicarle que estaba en una reunión importante con un consultor extranjero y que Adela simplemente hacía su trabajo, no logré que entrara en razón. Cuando todos se habían ido de la oficina se le acercó a Adela y le susurró al oído que la próxima vez se aseguraría de su despido. No me parece bien que hagas sentir mal a los demás sin necesidad. “¿Sin necesidad?, ¿Y mis necesidades?” Decidí no continuar la conversación. Ese día Candy vestía especialmente seductora. Hombres y mujeres volteaban a verla, yo me sentía un rey.

Nos sentamos en la mesita de siempre en una esquina justamente opuesta a los músicos. Yo pedí mi botella usual de ron y jugo de naranja, ella una margarita. No bien nos sirvieron las bebidas cuando arrancaba *Cucurrucucú Paloma* y las exclamaciones de ternura y los aplausos llenaron el bar. Me pareció que la cantante no se sentía bien pues su voz, aunque hermosa, tenía menos fuerza que en otras ocasiones. El hombre

negro que la esperaba en la puerta estaba ansioso y poco a poco se adentró al bar hasta quedar a nuestro lado. Más bien al lado de Candy quien lo miró con disgusto. “¿Y ahora éste?” Mi amor, debe ser que la cantante se siente mal y quiere estar cercar por cualquier cosa—contesté yo. ¿Y por qué no se para en otro lado? –insistió Candy haciendo muecas con sus labios rojos. Aquella noche el bar estaba a reventar y las personas se apretujaban en las esquinas e incluso hubo quienes se sentaron en el piso. Una pieza movida tomó al bar de rehén. Yo aplaudía como un loco y coreaba el coro con el resto. Candy movía los hombros y me dejaba ver la entrada de su escote al contornearse hacía adelante. Una pareja al lado del amigo de la cantante, a pesar de la falta de espacio, intentó dar unos pasos y le hicieron perder el equilibrio. El pobre le cayó encima a Candy a quien se le derramó la margarita en su ombligo. Candy dio un alarido y se levantó como una furia insultándolo. Yo le agarré un brazo pidiéndole que se callara. El hombre musitó un perdón y salió por la puerta. La cantante miró a Candy con una mirada que me atemorizó. De sus ojos verdes emanaba una furia fría. A rastras logré sacar a Candy del bar ante las miradas de desaprobación y confusión de los concurrentes. Juré no llevarla nunca más.

Contarle el incidente a mi otra novia, Rosa, me hizo sentir mejor. Rosa era una mujer menudita, de ojos triste y manos amables y laboriosas. Sabía de mis problemas con mi esposa, Berta, que si nos separábamos y yo regresaba, o nos juntábamos y ella se iba. Sabía de Candy y sus arranques de ira, sus exigencias. Rosa que si pudiera aún hoy me visitaría. El día que le conté sobre el incidente del bar, era de madrugada y veníamos de un toldo. “¿Esos lugares deben ser bien elegantes, verdad?” La manera en que me lo dijo me hizo sentir mal y sin pensarlo le prometí llevarla el viernes siguiente. Ella sólo movió los hombros con indiferencia pero sé que en el fondo estaba emocionada.

Apenas entré con Rosa al Zócalo Azul sentí que la cantante me miraba pero me dije “son ideas mías”. La cantante empezó a insistirle a su amigo que se acercara y le señalaba las congas. El se negaba asustado. Ella lo anunció como Eusebio González , el rey de las congas. El hombre, obligado por los aplausos y las miradas, se vio ante los tambores y miraba sus manos con miedo, un miedo que entonces yo no entendía pero que ahora comparto con plenitud. Después de las canciones de siempre, empezó un ritmo hipnótico cabalgado diabólicamente por las congas. La cantante con una voz llena de fuerza y odio nos alentaba a dejarnos llevar, ser salvajes. La guitarra y el chelo gritaban las notas, las escupían, nos las tiraban al pecho. El sonido de las congas creció y creció hasta hacerse intolerable.

La voz del hombre se quebró mientras los reos lo miraban en silencio. Secándose las lágrimas les tiró un viejo ejemplar de La Crítica. Uno de los reos empezó a leer en voz alta: *El día viernes 14 de febrero la muerte visitó de manera intempestiva al Zócalo Azul. El dueño y sus empleados fueron testigos de riñas e incluso dos homicidios ocasionados según ellos y algunos de los clientes, por la música. Uno de los meseros informó que la gente gritaba, se halaba los cabellos, pateaba, escupía y empujaba, no había distinción por ser hombre o mujer.* El hombre volvió a hablar: “Yo la maté, le pegué, la estrujé hasta asfixiarla...¿No entienden? La voz lo hizo como venganza. Pero mató a la mujer equivocada, mató a la mujer que no era”. Las lágrimas lo sobrecogieron y se volvió un nudo, un garabato de codos y espalda tirado en el suelo. Los reos se apartaron y se pusieron a jugar dominó al compás de su plañido.